

CONFERENCIAS



fundación para el análisis y los estudios sociales



**INTERVENCIÓN DE JOSÉ MARÍA AZNAR
EN EL SEMINARIO
*LAS REFORMAS ESTRUCTURALES
DESPUÉS DEL 2010***

(Madrid, 20 de abril de 2009)

Es para mi un honor estar esta mañana aquí, en la Fundación FAES, en compañía de un buen amigo como es Andrea Ronchi, Ministro de Políticas Europeas de la República de Italia, y con todos ustedes para debatir a cerca del futuro de Europa.

No quisiera comenzar estas palabras sin primero enviar mi más sentido pésame a todo el pueblo italiano por el trágico terremoto acontecido en L'Aquila. Bien sabe el pueblo italiano que el sufrimiento suyo es el nuestro.

Estamos hoy aquí para hablar sobre el futuro de la economía europea y por ende sobre el futuro de la Unión Europea. Un futuro que depende en gran medida de las decisiones que tomemos y de nuestra capacidad para acertar, así como de que se den políticos con el coraje y la valentía para tomar decisiones y que no siempre existe.

En estos tiempos de crisis financiera, de intensa desaceleración de la economía mundial, de recesión en los Estados Unidos y en gran parte de Europa y de pronósticos de contracción del comercio mundial, proliferan los enfoques catastrofistas.

Hay quienes hablan de esta crisis como la de 1929 pero corregida y aumentada. Mi opinión es que ni esta crisis representa el final de la economía de libre mercado y tampoco estamos al comienzo de una gran depresión. La recesión que vivimos solamente tiene una oportunidad de convertirse en una gran depresión si se cometen los mismos errores que se cometieron en la década de los 30 del siglo

pasado y que justamente convirtieron a aquella crisis financiera en una gran depresión. Y los principales errores que se cometieron fueron dos: el establecimiento de un fuerte proteccionismo que colapsó el comercio mundial y el segundo fue el aumento desmesurado del gasto público, que hizo que la recesión se prolongase bastantes años más. Las dos cosas fueron las causas de la gran depresión del 29 y son los peligros que tenemos ahora y que no debemos repetir.

Quisiera destacar que la crisis actual no se parece a aquella de 1929. Hay varias diferencias entre una y otra, que nos hacen estar más preparados y protegidos a día de hoy.

En 1929 los depósitos bancarios no estaban garantizados, el sistema monetario se basaba en el patrón oro. Y esto no es así en el 2009.

En el 2009, en cambio, la economía está mucho más diversificada, la renta per cápita es seis veces mayor a la de hace 80 años; es decir, en 2009 somos mucho más ricos y estamos más protegidos que antes.

Pero dicho esto hay que decir que la situación económica actual es grave. Y tenemos algunos problemas propios y nos enfrentamos a muy serios desafíos de futuro.

Según recientes estimaciones del FMI es más que probable que el crecimiento económico internacional caiga en los próximos dos años a niveles superiores al 1 por ciento.

Pero en Europa, además de la crisis financiera tenemos problemas propios. Antes de que la crisis financiera y económica estallaran, nosotros, los europeos, llevábamos más de veinte años distanciándonos de la economía de Estados Unidos. Y esa brecha no ha dejado de ensancharse entre ambos lados desde mediados de los años ochenta.

Europa no ha sido capaz durante esa etapa de acercarse al pleno empleo y ha convivido estructuralmente con elevados niveles de paro. Una consecuencia adicional de esto es que Europa y la economía europea ha perdido influencia y peso en el mundo. Y eso tiene consecuencias.

La pérdida relativa de peso económico de Europa en el mundo se ha venido traduciendo inevitablemente en una pérdida de peso político en el contexto geoestratégico mundial. Sin éxito económico no se puede pretender ganar peso en el mundo. Esto es algo que se debe tener claro desde el principio. En mi opinión, la única posibilidad que tiene Europa de incrementar su influencia en el mundo es a través de la economía. Y si no es a través de la economía, Europa continuará en un suave declinar de su influencia en el mundo.

Si Europa quiere aumentar su influencia en el mundo, tiene que estar dispuesta a hacer reformas económicas muy importantes, abrirse económicamente al mundo y estar dispuesta a competir en mejores condiciones respecto de lo que es posible hacer ahora.

Quiero recordarles a todos que hace diez años Europa se propuso liderar la economía del mundo y que el objetivo fundamental de la Agenda de Lisboa era convertir a Europa en la zona económica más importante del mundo en el año 2010. Ése era un objetivo económico y político. Era la consecuencia de la visión política que acabo de explicar. La situación hoy es que Europa no ha tenido éxito en ese objetivo y ha cosechado un fracaso. Y hoy las predicciones ponen de manifiesto que esa situación de decrecimiento relativo se prolongará, y se ha frustrado aquel gran objetivo político y económico que era la Agenda de Lisboa, de modernización de Europa.

Quisiera resaltar tres datos que a lo largo de los últimos 20 años han puesto de manifiesto la diferenciación de Europa con respecto a Estados Unidos: Las horas trabajadas, el peso del gasto público y la correlación envejecimiento-dependencia.

En el año 2003 frente a las aproximadamente 1.500 horas anuales trabajadas por trabajador europeo, en Estados Unidos se superaron ligeramente las 1.800. En un sitio se trabaja más que en otro. Hay quien afirma, desde el punto de vista europeo, que el sistema de bienestar europeo es muy superior al norteamericano, probablemente porque se trabaja menos horas y hay más tiempo dedicado al ocio. Y que por eso los norteamericanos harían muy bien en disminuir su renta per cápita con Europa. Y yo creo que no estamos acertados en ese análisis porque la realidad y una de las cosas por la que esto ocurre es porque el sistema europeo prefiere subsidiar al desempleado antes de animarle a que consiga un nuevo trabajo. Y ése es un sistema de carencia de dinamismo

suficiente y de flexibilidad del mercado laboral europeo que paga un precio en términos de renta con el norteamericano.

El peso del gasto público ha sido durante todo este tiempo estructuralmente superior en Europa con respecto al de Estados Unidos, Japón o al de las emergentes economías asiáticas. La diferencia oscila entre los 5 y los 10 puntos. Y además en Europa la presión fiscal es la más elevada de la zona. En Estados Unidos puede vivirse una política diferente en la que puede darse una subida de impuestos, que sería la primera vez en quince años.

El progresivo envejecimiento de la población europea. Europa tiene cada vez una población más envejecida a la que le va a costar de una manera más expresa mantener los actuales niveles de bienestar del que gozan muchos de sus ciudadanos. Con el proceso de envejecimiento de población en Europa no es posible mantener el actual nivel de gasto del sistema de bienestar europeo.

Si sabemos cuáles son los problemas sabemos que debemos de corregir esta tendencia. pronto la convergencia de estas tres tendencias. Y eso plantea retos muy significativos en las cuentas públicas, en la gestión de los sistemas sanitarios, en el diseño de los sistemas de pensiones y en la reforma del Estado de Bienestar. Nuestro país y la mayoría de los países deberían concentrar muchos esfuerzos en discutir estas cuestiones porque ni el nivel de las cuentas públicas ni la gestión de estos sistemas es mantenible de cara al futuro. Negarlo es absurdo pero negarse a debatirlo es todavía más absurdo. Y cuanto más tiempo tardemos en debatir las

reformas imprescindibles para el país más costoso y más precio pagaremos y más dificultades tendremos que pasar.

A partir del mes de junio habrá unas elecciones europeas, habrá un nuevo Parlamento y habrá una nueva Comisión. Y Europa necesita diseñar una nueva agenda económica que le permita salir de la crisis y ahora Europa necesita más que nunca fuertes líderes para tomar el camino de las reformas.

Europa necesita más austeridad en el gasto público y no más derroche, necesitamos recuperar los elementos esenciales del Pacto de Estabilidad, necesitamos menos empresas públicas, necesitamos menos competencia desleal con la iniciativa privada, necesitamos una mejor regulación económica, no más regulación, necesitamos mejor intervención pública, no más, se necesita una supervisión financiera mejor, necesitamos economías completamente abiertas y mercados más flexibles, incluyendo el mercado laboral. Ésta es una cuestión fundamental en todos los países y fundamental también en nuestro país, España, que desgraciadamente es campeón europeo en el desempleo. España no puede seguir enviando a más de siete mil personas diariamente al desempleo y negarse a hablar de una reforma laboral imprescindible. No es deseable, no es conveniente y no es razonable. Un país que genera más de siete mil desempleados diarios no puede estar sin hablar de una reforma laboral seria. Y España precisa de una nueva política de empleo y protección social basada en tres pilares fundamentales: mayor flexibilidad en el mercado de trabajo, mayor protección social para los desempleados, orientada a su formación, y el establecimiento de un

régimen de derechos y deberes estricto para estos últimos, que incentive la búsqueda de un nuevo empleo.

Estas medidas hay que complementarlas con una rebaja de impuestos, no subir los impuestos, especialmente en lo que se refiere a las pequeñas y medianas empresas, y que se alivie la carga tributaria a las familias con menos recursos.

Todas las medidas proteccionistas nos conducirán a cometer los mismos errores que en los años 30 del siglo pasado. El mundo necesita culminar la ronda Doha de liberalización comercial en lugar de cerrarse a ella. Y necesita impulsar el libre comercio más que nunca.

Vivimos un momento crucial en el que los líderes europeos pueden optar por dos caminos: el de la libertad, la apertura y la recuperación, o el camino del proteccionismo, del intervencionismo, que es el camino de seguir en la crisis de una manera muy prolongada en los años. Espero y deseo que la buena decisión sea la que prevalezca en Europa. A lo largo de muchos años pude impulsar políticas tendentes a que Europa fuera más influyente en el mundo. Y esas cosas son las que importan. Tuvimos los europeos una oportunidad pero la perdimos y no quiere decir que la podamos recuperar. Podemos recuperar esa oportunidad y convirtamos esta crisis en una buena oportunidad para hacer aquello que algunos no fueron capaces de hacer hace unos años.

